

« estos diferentes bosquejos, una lista completa de todo lo que se habia creído como perteneciente á estos derechos, podia presentarse á la deliberacion de una grande asamblea, quien designaria los que debian ser comprendidos en una declaracion de derechos, y los que le pareciesen quiméricos ó exagerados. Debria desearse que estos bosquejos se hiciesen públicos por medio de la imprenta; resultarian de ello dos ventajas: la de someterlos á la censura de todos los ciudadanos, y aprovechar las luces que de aqui podian resultar, y la de poder decir que se habian procurado examinar todos los derechos que podia reclamar hasta el último de los miembros del Estado. »

Los principios fundamentales de la sociedad son aquellos elementos primitivos de razon y de equidad, cuya evidencia se percibe fácilmente tal vez mas apreciada comunmente por el buen juicio que por la reflexion.

Si se examinan las verdades evidentes que se deducen del simple buen sentido, y que han servido de base á los aforismos *, que á su vez

* Que forman la doctrina social.

se han hecho la espresion de estas verdades, es fácil conocer que no solo han sido sacados de la naturaleza misma del hombre y de los derechos del género humano, sino tambien descubrir los principios sobre que reposan, y sacar de ellos las consecuencias que se deducen naturalmente.

Del deseo de ser útil á los hombres.

Si de este móvil de acciones resulta la moral, entónces ningun temor hay de verla degradada, ni por los cálculos del egoismo, ni por los errores de la supersticion. Si algunas personas frágiles necesitan tener por primer vehículo un principio de accion poco espuesto á equivocaciones, la razon decide en favor de este de que tratamos; y cuanto puede envilecerse el hombre buscando la felicidad, y cuantas extravagancias puede cometer intentando agradar al ser invisible que le ha sacado de la nada! *Busca la dicha y obedece á la Divinidad*, son unos preceptos que para no ser mal interpretados exigen instruccion. La máxima de *haz bien á tus semejantes* es la que está al alcance del buen sentido; y hay veinte inter-

pretaciones erradas que pueden darse á los dos primeros preceptos, por cada una que puede darse á este.

Ciertamente se cometerían muchos errores si, fundando un sistema en el deseo de la felicidad, ó en el de agradar á Dios, no manifestasen inmediatamente los hombres el deseo de ser útiles á sus semejantes. Parece pues que seria lo mas prudente el prevenir y hacer imposibles semejantes errores, estableciendo desde luego la moral sobre el precepto de mejorar la suerte del género humano.

Este móvil es el que mas directamente nos conduce al objeto de la sociedad, porque nos le señala y presenta sin permitirnos fijar la vista sino en él. Los sabios á quienes sirve de guia pueden decir que lo que la moral prescribe es el contribuir á mejorar el género humano; y cuando los hombres quieren derivarla de otro cualquier principio, se extravian del verdadero camino, ó acaban llegando al punto donde nos encaminamos directamente; y asi es como el verdadero principio en que se funda la moral es el que únicamente nos dirige y anima.

Estos filósofos condenan á los que quieren

establecer el amor propio como regla de conducta, y dan en favor de semejante base razones cuando menos muy especiosas. Mirad, dicen, al rededor vuestro, y en la muchedumbre agitada veréis á los menos sensatos y á los mas viciosos ocuparse solo en su interes particular, miéntras que los mas dignos y que pueden servir de modelo se consagran al bien general. A estos se une el moralista, y quiere aumentar su número y generalizar su influencia sobre los demas hombres: por lo mismo debe adoptar el principio de acciones que es conforme á la conducta que tienen. Dos afectos hay en nuestra alma, uno de los cuales es nuestro amor propio, y otro el amor á nuestros semejantes: debe pues disminuirse el primero y fortalecerse el segundo, y á esto se reduce la ciencia del moralista.

La escelencia del principio que examinamos es digna de atraer los ánimos generosos que nos ocitan á las virtudes desinteresadas. No obstante algunos moralistas demasiado austeros no hallan este móvil bastante puro y le desechan, asi como aquellos que le siguen desprecian el amor propio. En su dictámen, la moral nunca puede fundarse en la utilidad,

porque debe atenderse á la obligacion prescindiendo de sus resultados. No siendo nuestro ánimo examinar en este lugar su modo de tratar la moral, nos contentaremos con preguntarles, ¿si el bien puede alguna vez perjudicar á los hombres? Si responden que no, y creen que el bien está siempre de acuerdo con el interés universal, la utilidad no puede ser una base engañosa para la moral. Quizá prefiriendo únicamente esta base que sirve de punto para dirigirse á cualquiera otra, se evitan las sutilezas, los estravíos y los sueños; porque siempre hay obligacion de probar que de las consecuencias inmediatas de las teorías que se exponen, se deducen resultados útiles.

Si los filósofos á quienes hablamos no quieren responder claramente, limitandose á decir que nuestra pregunta es superflua, y que es necesario subir á consideraciones mas elevadas, temeremos que la moral degenera en sus escuelas en una ciencia sutil, mas á propósito para argüir que para practicar.

Por último, si se dijese que no es imposible que en ciertas circunstancias el bien puede perjudicar al género humano, responderemos, que si le hay, no está al alcance del entendi-

miento de los hombres. Si se quiere que lleguemos á concebirle, es preciso que se nos den otro lugar en el universo, y distintas relaciones con todo cuanto nos rodea. Mientras que no mudemos de naturaleza, miraremos como la mayor prueba de la bondad y sabiduría de Dios la union que estableció entre lo justo y lo útil. Esta nos manifiesta que una alma recta no se engaña, cuando en el afecto que los hombres le inspiran toma por base de la moral la utilidad de todos.

Sin embargo no hay principio alguno de acciones que no esté espuesto á alteraciones; porque aquellos que solo buscan la utilidad pueden engañarse acerca del sentido de esta palabra, y darle significaciones circunscriptas y falsas; y caemos en este error cuando, dejando de considerar el interés del género humano, le sustituimos el de algunos individuos, y aun el de la patria.

Es natural el amarla, como lo es el amar á su familia; pero el patriotismo esclusivo es, respecto del verdadero, lo que el fanatismo respecto de la religion.

El hombre tiene inclinacion á tomar por el mundo entero el estrecho círculo del pais que

habita; y así vemos frecuentemente ejemplos muy ridículos de esta disposición, é igualmente se hallan horrorosos en la historia. Aquellos altivos ciudadanos que desolaban el mundo por lo que llamaban gloria de su patria, pensaban que era preciso sacrificarse por sus semejantes; pero éstos solo eran los romanos, y los demas solo eran para ellos esclavos ó bárbaros. De lo mismo se resienten todavía los pueblos de la Europa moderna por la influencia de las legislaciones injustas de que fuéron admiradores despues de haber sido victimas. Hombres hay que se burlan de las pretensiones que indisponen las familias de una pequeña ciudad, y estos mismos aplauden con entusiasmo las vanidades mas funestas que causan discordia, arman y desuelan las naciones. Aun los filósofos han conservado con sus escritos las preocupaciones vulgares que la filantropía trata de destruir, enseñando en todas partes los verdaderos principios de la moral y de la economía política.

Se han hecho muchas veces acusaciones injustas contra Rousseau, las que solo prueban que sus críticos no le habian entendido, é ignoramos si se le hizo una que nosotros adoptaríamos. Conmovido en su juventud de los vicios

de nuestro estado social, le deslumbró la elevación de algunos romanos ó espartanos, y se apasionó por las repúblicas antiguas; y esto fué un origen de errores en su política. Ocupado en combatir el egoismo que veia por todas partes, no conoció bastantemente la necesidad de subordinar el patriotismo á la filantropía. *Se hacen algunos amigos de la humanidad*, decia, *solo por dispensarse de amar á su patria*. Esta acusacion podria ser cierta respecto de aquellos contra quienes hablaba, y debe servirnos para desconfiar de la hipocresía de humanidad, pero no destruye el hecho de que el patriotismo esclusivo es un obstáculo muy funesto para los progresos de la civilizacion. Celebrandole, se hallan muchos admiradores, y aún pueden lograrse los aplausos de todo un pueblo; pero el número de votos que apoyan la iniquidad no muda su naturaleza, y es una ventaja muy triste la de subrogar el egoismo nacional en vez del individual; pues si este último merece mas menosprecio, el otro mas odio.

Aun podemos estraviarnos siguiendo el deseo de ser útiles al género humano; porque estamos espuestos á que nuestro entendimiento

caiga en errores deplorables, si, exaltados por el objeto á que aspiramos, creemos legítimos todos los medios de conseguirle.

Demasiado sabido es que hay un fanatismo político como le hay religioso. Este es ciertamente el que con mas fuerza se apodera de nuestro ánimo; y los hombres á quienes embriaga creen ejecutar órdenes celestiales dañando á sus contrarios, y no pueden vacilar en ello sin temor de incurrir las penas eternas; por eso nada puede moverlos, porque carecen de todo sentimiento de humanidad. Los fanáticos de política no tienen igual certeza de violar las leyes morales con seguridad de conciencia, y es mas fácil conseguir de ellos un sentimiento de conmiseracion, ó algun impulso de arrepentimiento. Pero se resiste la pureza de nuestras ideas á comparar los grandes crímenes para decidir cuales son los menos infames, siendo así que todos deben ser desechados con igual horror. Todo fanatismo es execrable, porque conspira contra el fin de las gentes instruidas y de las almas generosas, y contra el establecimiento de la paz en la tierra.

Maquiavelo fué el apóstol de la astucia y de

la violencia. Se ha dicho que este escritor era hombre honrado que, para inspirar odio á la tiranía, descubrió los secretos de los déspotas, aparentando darles lecciones. Esta opinion es plausible si solo se considera su obra mas célebre; pero en otra da consejos á los partidarios de la autoridad popular, y sus principios siempre son los mismos, porque piensa que en todo caso es necesario dirigirse ácia un fin con voluntad fuerte, sin reparar en medio alguno de los que nos pueden conducir á él, prefiriendo los mas inicuos como mas prontos y mas seguros. En su libro *del Príncipe*, dice á los déspotas: *corromped y matad*; y en sus discursos sobre *Tito-Livio* y á los republicanos: *aterrad y matad*. Estas doctrinas nunca podrán justificarse con interpretacion alguna, y un examen reflexivo confirma la sentencia infamante con que el instinto público ha deshonorado á Maquiavelo.

Que á semejantes doctrinas acompañan el menosprecio y el odio, pues uno de los errores mas monstruosos es el de imaginar que la mentira puede servir á la verdad, y el crimen de apoyo á la virtud. Una causa justa requiere socorros reconocidos por la justicia. Cuando el

sabio desde el fondo de su retiro observa la agitacion de los mortales, padece al verlos recurrir á medios criminales para hacer fortuna. Sin embargo, si el fraude y los atentados se emplean en servir á proyectos vergonzosos en sí mismos, le parece que hay todavía una especie de orden; porque el mal engendra el mal, la perversidad se quita la máscara, y haciendose mas chocante apresura por sí misma su ruina; pero un sentimiento de dolor le oprime cuando vé que con medios odiosos se mancilla una causa honrosa, y se alejan de su defensa las almas nobles y puras. Todas las ideas sanas y todas las nociones de justicia le parece que huyen entónces del mundo; se desanima, y volviendo los ojos al cielo esclama: ¡Será posible que sea preciso desesperar de la suerte de los mortales!

Fines de que se vale la Providencia.

Quando se meditan los medios de mejorar la suerte del género humano, se experimenta un sentimiento de gratitud, de respeto y de amor para con el Autor de la naturaleza. Todos nuestros débiles esfuerzos para propagar la moral son nada, comparados con los que el

Eterno se ha reservado para estenderla y conservarla en el mundo. Es tan grande la diferencia que hay entre lo eficaz de los cuidados de la naturaleza y lo que pueden los nuestros, cuanto lo es la distancia entre la fuerza del Ser Supremo y la flaqueza de las criaturas. Para que subsistiese la especie humana, era preciso que no pudiese violar todas las leyes de la moral, y la voluntad del Criador proveyó de remedio para ello, porque son inherentes á nuestra organizacion, y hablan á nuestros corazones; y la duracion del universo se apoya sobre esta primera y general revelacion.

Sin embargo las generaciones se pervierten y se cargan de crímenes, envejecen, desaparecen, y las reemplazan otras nuevas que restablecen en el mundo el pudor, el desinterés, la generosidad y la sinceridad. Estas buenas prendas se libertan por algun tiempo del contagio, por el atractivo que tienen y el respeto que inspiran. Si la niñez y la juventud solo reciben una educacion muy imperfecta, á lo menos se les ocultan la mayor parte de los malos ejemplos. Muchos padres enseñan á sus hijos principios que no practican, y muchos tambien les dan preceptos contra la ambicion,